

# 1

De un viaje uno jamás regresa ileso.

Durante aquel vuelo se proyectaron dos bodrios que jamás habían pisado la cartelera. Aburrido y sin sueño, no me quedaron otras opciones que mirar al techo del avión y conversar con un tipo que terminó distrayéndome. El tal Valdo me comentó que se había cansado de trabajar en la hamburguesería de Mendoza.

—Me consideraban el último orejón del tarro. Plata, muy poca, horas, todas, y el trato, deficiente. Tuve que buscarme la vida.

—¿Y vos a qué te dedicás ahora?

—A la exportación.

Desde aquel momento lo miré con otros ojos y cierto complejo de inferioridad. Me daba igual que vendiera sardinas en lata o vestidos de novia. ¡Viajaba junto a un hombre de negocios!

¿Te imaginás? Un chispazo empresarial. Una idea para ganar plata. Que no te importe si el cartero toca el timbre con la factura del gas o el recibo de la luz.

Llamó mi atención que no vistiese un traje oscuro de corte clásico, una corbata lisa de seda natural, la camisa almidonada y un par de zapatos de cuero. Aquel joven llevaba puesta una remera del Real Madrid que le regaló Jorge Valdano.

—Y vos, ¿viajás por placer? —me preguntó—. Se te ve bien relajado con esa ropa floreada.

—Necesito cambiar de aires. España nunca me ha defraudado. Estaré un tiempito.

Huyo de Buenos Aires en Navidad, una época del año que me convierte en nómada. Extraño a mi vieja, no aguanto la

sobrecarga emocional ni ciertos compromisos alrededor de un asado y detesto ese calor húmedo urbano. Disfruto con una tarjeta de embarque.

Elegí sellar mi pasaporte en un destino recurrente. Madrid siempre merece la pena, pese a que aquel año resultó eclipsada por Barcelona y Sevilla con los Juegos Olímpicos y la Exposición Universal. Me llenaba la idea de recorrer los pasillos del Museo del Prado, visitar la Gran Vía o curiosear las antigüedades de algún mercadillo. Suelo comprar una ganga si ocupa poco espacio en el equipaje.

Su idea, en cambio, consistía en pasar una semana trabajando y ver el partido del Real Madrid de sus amores en el estadio Santiago Bernabéu.

—Ahora que no me oyen mis amigos de Boca, el 3 de enero pienso celebrar en el mejor campo de fútbol del mundo la victoria de mi equipo contra Osasuna.

Desconecté mientras recibía un cursillo de táctica futbolera hasta que se dignó a cambiar de tema para enumerar algunos retazos biográficos de distinto relieve. Vino al mundo un 29 de febrero; el día de su primera comunión lo dieron por muerto al estrellarse con su bicicleta contra un muro; una cicatriz en el vientre como el mordisco de un tiburón certificaba que donó un riñón a su madre; igual que Escarlata O'Hara en el célebre largometraje, aseguró que jamás volvería a padecer las penurias de antaño.

—No lograrán aplastarme. Nunca volveré a saber lo que es hambre. ¡Ni yo ni ninguno de los míos!

Como suelo ver alguna que otra película de las buenas, quise acompañarle.

—Aunque tenga que estafar, ser ladrona o asesina —dije muy metido en el personaje.

—A Dios pongo por testigo de que jamás volveré a pasar hambre —concluyó vaciándose y con su brazo fibroso en alto.

Las conversaciones aéreas son como los amores de verano: íntimas, intensas y efímeras. Aún recuerdo esa mirada profunda, sus gestos y el tono contrariado durante una de tantas confianzas.

—¿Mi viejo? A los veinte años no quería un bebé, quería una copa.

Me sentí identificado con aquel testimonio, aunque no se lo comenté.

Sin darnos cuenta el avión aterrizó en Barajas. Resultaba grosero levantarme del asiento y marcharme casi a la francesa, pero todo el mundo hace lo mismo.

—Buena suerte con tus negocios, Valdo.

—Para ganar plata, siempre hay que emigrar. Sé bueno, *brother* —me dijo. Levantó los pulgares y chocó sus puños con los míos. Pude leer en sus falanges la inscripción de un tatuaje que llamó mi atención: «TODO», «NADA».

Pretendí que intercambiáramos nuestras tarjetas de visita, pero no tuvo la menor intención y mostró desinterés por la mía. Ahora que lo pienso, ni siquiera llegó a preguntar mi nombre. ¿Y cómo es posible que no me presentara?

Con curiosidad e interés le seguí la pista. Caminaba deprisa con su aspecto de atleta y esa mirada de Humphrey Bogart en *El sueño eterno*. Mientras indicaban por megafonía que vigilásemos nuestras pertenencias, se escurrió entre la muchedumbre como quien ya conoce el camino.